



La gloria secreta

ARTHUR MACHEN



Inglaterra, comienzos del siglo xx. Un joven que tiene visiones religiosas. Un profesor con debilidad por el castigo. Entre las brumas de la civilización, los recuerdos de una región mítica. Una novela sobre el Santo Grial, el folclore celta y la niñez encantada. Una sátira sobre el sistema educativo. Un elogio de la poesía y la embriaguez. Contra la vida mediocre, la gloria secreta.

Traducida por primera vez al español, *La gloria secreta* es una obra de genio indiscutible. Arthur Machen demuestra ser el descendiente victorioso de la mejor prosa en lengua inglesa —Thomas Browne, Samuel Johnson, Thomas De Quincey—, capaz de conjugar la contemplación y el acontecimiento para adueñarse de una categoría religiosa: el éxtasis. El éxtasis que busca apasionadamente el héroe de esta novela, el que aguarda también al lector —a todos los buenos lectores— como trofeo literario definitivo.

«*La gloria secreta* es la historia de un individuo desafortunado que se da la cabeza contra la pared desde el principio hasta el fin. No puede pensar ni hacer nada siguiendo la corriente del mundo; incluso cuando “obra mal”, lo hace de una manera sumamente inusual y excéntrica. Quedará a criterio del lector determinar si era un santo que había perdido su rumbo en el siglo o un pobre loco subdesarrollado; en lo que me atañe, no estoy a favor de ninguna de las dos opciones» (Arthur Machen).

«Arthur Machen puede, alguna vez, proponernos fábulas increíbles, pero sentimos que las ha inspirado una emoción genuina. Casi nunca escribió para el asombro ajeno; lo hizo porque se sabía habitante de un mundo extraño» (Jorge Luis Borges).

Nota sobre el éxtasis literario (ejercicio de imitación)

La gloria secreta puede analizarse de acuerdo con la curiosidad y el temperamento de los lectores. Antes, Machen en su prólogo se encarga de proporcionar las claves. Así como parece —y acaso sea— exhaustiva acerca de los alcances de la leyenda del Santo Grial, de un modo que implica a *From Ritual to Romance*, el libro de Jessie Weston, y los dos tratamientos más fértiles y famosos del tema (por parte de Wagner y Eliot, respectivamente), se reserva una carta en la manga. Corresponde a la discreción de los recursos empleados, a la metodología, un aspecto inusual en tiempos en que el género prolongaba exclusiva e infatigablemente (en el caso de George Bernard Shaw) cuestiones temáticas, de contenido. Como el precursor de una vanguardia sin peripecias que es, «exhibe y dilapida sus medios»: menciona a un profesor, un relato de Kipling. Insinúa sin enfatizarlo el método de composición; llega incluso a desacreditar su carácter aleatorio. Si hubiera trazado otros signos, si hubiera mencionado los despropósitos de la educación, el naturalismo de Zola como fuente, la incidencia de un hombre de la familia, el influjo de la huérfana de *Confesiones de un opiómano inglés*, las pistas habrían sido equi-

valentes —virtuosamente significativas—, pero nuestra partitura para interpretar y apreciar *La gloria secreta*, no.

Como averigua Aira en su ensayo sobre Edward Lear, la sobredeterminación es la causalidad propia de la literatura (y como arriesga, la indecisión lo es de la crítica). Y es una sobredeterminación particularmente profusa la que enriquece la obra de Arthur Machen. En sus libros autobiográficos, en lugar de presentarnos un personaje único parece referirse a una agrupación de sujetos que lo habitaran. En cierta ocasión, recopiló una cantidad considerable de críticas adversas a sus libros (entre las que destacaba una de Middleton Murry) y las hizo publicar. Uno de los oficios secretos de Machen consistió también en disuadir a sus biógrafos, entre quienes estaba John Gawsorth, de obra menor pero de vocación parejamente legendaria.

La gloria secreta se presenta como una biografía de Ambrose Meyrick, la biografía de alguien obstinado que guarda *in pectore* el secreto de su gloria. La obstinación va a permitir trazar el arco vital, como si la voluntad prevaleciera y perseverara, los acontecimientos fueran meros accidentes y del otro lado aguardaran un estado y una visión acaso transitorios pero extáticos.

En esta narración, para evitar que cualquiera de los géneros involucrados prevalezca, Machen no los caricaturiza. Se comporta de manera liviana, ligeramente distraída, inconstante. La prueba —o la fórmula eficaz de la gracia— es, como la inclusión de una teoría en Proust, menos una debilidad que una torpeza. Por eso, y aunque a menudo en la novela se difundan, defiendan y difieran perspectivas ajenas (como las de Zola), y si bien los procedimientos descriptivos de Machen no distan de los de la escuela de Médan, tampoco hay que olvidar que esta produjo por lo menos una disonancia acorde con el carácter de *La gloria secreta*: la novela de J.K. Huysmans, *Á rebours* (Al revés), en la que la acumulación —se trata de Des Esseintes, un coleccionista— provee de un repertorio de elementos análogo a

las escenas del libro de Machen. Sin embargo, y en cuanto a la relación con los opuestos, el rapto de defensa a Zola contenido en *La gloria secreta* contrasta con muchos pasajes en los que Machen se acerca más a los simbolistas o los parnasianos, como este de *The Hill of Dreams*, no indigno de Mallarmé: «El idioma es importante por la belleza de su sonoridad, por la propiedad de su resonancia, gloriosa para el oído, y por su aptitud, cuando las palabras han sido orquestadas con exquisitez, de sugerir impresiones indefinibles y maravillosas, menos sumisas, tal vez, al rigor neto del pensamiento, que susceptibles de arrancar por sus vibraciones reminiscencias de la música misma». «Contrasta», cierto, es una ligereza crítica; en realidad, la defensa de un realismo sin restricciones (un realismo que no rechazara lo fantástico) concilia perfectamente ambas actitudes.

Un aspecto que la mayoría de los exégetas de Machen descuidan, a expensas de su imaginación, es su genio como teórico (el prólogo es prueba) y crítico de la literatura. El gusto por el misterio, el terror y la aventura obligan a acercarlo a Lovecraft y, en el mejor de los casos, a Stevenson, a quien admiraba mucho, pero al que en alguno de los certámenes literarios celebrados en sus libros más personales, el propio Machen descalifica como acuñador de enigmas perdurables (el ejemplo es *Jeckyll y Hyde*). De ahí también el buen uso que se hiciera en una compilación de Borges/Bioy de sus observaciones sobre «La figura en la alfombra» de Henry James en *The London Adventure*.

Por otro lado, el punto de llegada de Meyrick al ámbito propio de la gloria secreta se refiere ya al éxtasis y la embriaguez. En lo que concierne a la embriaguez (del éxtasis hablará Betjeman al final), que Machen conocía como lector (Rabelais, Verlaine, Poe, Swinburne) tanto como víctima feliz, no hay que descontar el origen bíblico y la amargura (*Wormwood*, el nombre de la estrella del Apocalipsis de San Juan en inglés), las connotaciones nupciales (si la primera luna es de miel, la segunda es de ajeno) y acercarse a

ese estado que Giorgio Colli describe como apoteosis pagana de la mezcla. De un libro análogo, dice: «Que este libro actúe como una droga es un dato más o menos generalizado que sus adversarios quisieran discutir mintiéndose a sí mismos. Pero la cebada triturada que forma el tejido molecular de la obra no es más que un mezclarse de conocimientos intuitivos en estado naciente y la miel de la narración en la cual se agita ese material no puede menos que acrecentar la potencia inmediata de comunicación».

Los libros de Machen revelan un gusto, un amor —muy galés, además— por las palabras, adherido a una especial tendencia a la digresión, más a la manera de De Quincey que de Laurence Sterne. En cualquier caso, no es Machen menos prisionero del lenguaje que propietario, y en virtud de esa condición —que a Kipling, contemporáneo auxiliar, lo reclamaba de un modo más apremiante—, el juego al que condesciende libra una batalla sin victoria con lo obsesivo y lo gratuito. Al punto que algunos críticos darían por cierto que *La gloria secreta* es excesivo y está sobrecrito, como un prólogo de Bernard Shaw. Por eso es posible también encontrar en la novela vertientes aún más misteriosas que aquellas a las que alude. No en vano, el mago y demonista Aleister Crowley era su admirador nada secreto, aunque a Machen tampoco le hiciera gracia. A veces se lo ha leído con fervor religioso, y sus admiradores no protestaríamos si nos designaran como a una legión con hábitos literarios de secta.

Por último, una última rareza genial, que implica su resonancia religiosa en un gran poeta inglés no muy incorporado, lamentablemente, a las lecturas en castellano, John Betjeman, para quien *La gloria secreta* fue su camino de Damasco.

En su largo poema autobiográfico, *Summoned by Bells*, Betjeman cuenta el primer encuentro con *La gloria secreta* en una abadía remota. No es el vaticinio sino el peso exacto de una conversión a causa del éxtasis lo que el poema

revela (Betjeman la confiesa también en términos de preciso materialismo protestante: «Le debo a Machen más de lo que el dinero puede comprar»). Sumida en vértigos de sinestesia por el alcance y la precisión de las palabras, precipita, en este caso, un equilibrio lírico inalcanzable en términos de paradoja. Después de leída *La gloria secreta*, después del éxtasis y la conversión, escribe Betjeman en su poema:

*Y a mí vendrían,
como un filo del acantilado,
los santos celtas a mostrarme,
en la cima de la bruma,
el fondo del abismo.*

LA BESTIA EQUILÁTERA

A Vincent Starrett

Nota del autor

Uno de los profesores de *La gloria secreta* tiene opiniones similares acerca del rugby a las de un renombrado profesor cuya «biografía» fue publicada hace años. Es el único vínculo existente entre el villano inventado y el buen hombre de la vida real.

Prefacio

Hace unos años encontré a mi viejo profesor, sir Frank Benson —que por entonces solo era el señor F.R. Benson—. Me preguntó, amistoso como siempre, qué había hecho últimamente.

—Estoy terminando un libro —respondí—; un libro que todo el mundo odiará.

—Como de costumbre —dijo el Don Quijote de nuestra escena inglesa (si conociera un título más noble para otorgarle, tengan por seguro que se lo otorgaría)—> como de costumbre ¡te darás la cabeza contra la pared!

Bien, yo no sé qué significa «como de costumbre»; quizás sea una crítica a mi persona o quizás no; pero considero que la observación de sir Frank es una inmejorable descripción de *La gloria secreta*, el libro que tenía en mente cuando hablé con él. Es la historia de un individuo desafortunado que se da la cabeza contra la pared desde el principio hasta el fin. No puede pensar ni hacer nada siguiendo la corriente del mundo; incluso cuando «obra mal», lo hace de una manera sumamente inusual y excéntrica. Quedará a criterio del lector determinar si era un santo que había perdido su rumbo en el siglo o un pobre loco subdesarrollado; en lo que me atañe, no estoy a favor de ninguna de las dos opciones. En todos los tiempos han existido pequeños y grandes hombres fuera de tono con su época, hombres pa-

ra quienes todo es, en cierto modo, errado y tortuoso. Consideremos a Hamlet, por ejemplo; un hombre amigable e inteligente. ¡Pero qué manera de desperdiciar sus virtudes! Por fortuna mi héroe —o idiota, como ustedes prefieran— no fue convocado a mediar en asuntos de Estado, y por lo tanto solo cosechó pesares para sí mismo, si fueron pesares; porque, a mi entender, siempre habría que mantener la puerta entreabierta a favor de la otra perspectiva. Acabo de releer «El milagro de Purun Bhagat» de Kipling, la historia del brahmán primer ministro de un Estado semi-independiente en la India; un hombre que había visto el mundo entero y toda su gloria, tanto en Occidente como en Oriente, y de la noche a la mañana abjuró de todo y se convirtió en ermitaño en un bosque. ¿Estaba loco de remate o por fin era dueño de la suprema sabiduría? Todo depende del cristal con que se lo mire.

El origen y la génesis de *La gloria secreta* fueron muy extraños. Cierta vez leí la «Vida» de un viejo profesor, uno de los profesores más notables de los últimos tiempos. Creo que era un hombre excelente en todos los sentidos de la palabra; pero, por alguna razón, su «Vida» me crispaba los nervios. Los cantos estudiantiles —que, entre tantas otras cosas, habían dado fama al mencionado profesor— me parecían una estupidez; pensaba que sus ideas sobre el rugby —al que consideraba, antes que un buen deporte, una disciplina educativa y una guía para la vida— eran corruptas y además ponzoñosas. En una palabra, la «Vida» de este hombre excelso me sacaba de quicio.

Muy bien. Un año después, los profesores y el rugby habían dejado de entusiasmarme. Comencé a mostrar un profundo interés en una rara y minuciosa investigación sobre la maravillosa leyenda del Santo Grial; o más bien, sobre un aspecto de esa complejidad extraordinaria. Mis búsquedas me condujeron a conectar la leyenda del Grial con la desaparecida Iglesia Celta que dominó el territorio de las islas británicas durante los siglos V, VI y VII; y así emprendí un ex-

traordinario y fascinante viaje a una brumosa e incierta región de la historia cristiana. No debería decir nada más; no sea que —como suelen advertirles las niñeras a los niños molestos y persistentes— «la historia vuelva a empezar»; no obstante, diré que fue un viaje por mares peligrosos, una travesía por tierras mágicas y olvidadas; y proclamaré al pasar mi convicción de que, si la Iglesia Celta no hubiera existido, Keats jamás habría escrito estrofas de tamaña evocación y encantamiento.

Otra vez: muy bien. Al año siguiente se me ocurrió escribir un libro. Y pergeñé un plan original; o al menos eso pensé. Tomé el disgusto que me provocaba la «Vida» del buen profesor, tomé mi conocimiento de los misterios celtas y combiné la información.

¡Sí que fue un plan original! Alguien lo había pensado y repensado años antes de que yo naciera. ¿Recuerdan al crítico de la *Eatanswill Gazette* de la novela de Dickens? En cierta ocasión tuvo que reseñar un libro sobre metafísica china para ese admirable periódico. El señor Pott cuenta la historia del artículo:

Por pedido mío, leyó acerca del tema en la Enciclopedia Británica... Leyó sobre metafísica bajo la letra M, sobre China bajo la letra C, ¡y después combinó la información!

Arthur Machen

Primera parte

I

El nubarrón se alejó velozmente, precediendo al viento que llegaba con la noche. Lejana en un cielo todavía claro, la primera estrella brillaba con resplandor puro: un mundo deslumbrante allá en lo alto, sobre la tierra oscura y las sombras del sendero. Hacia fines de octubre había soplado una feroz tormenta desde el oeste, y entre las ramas desnudas de un roble retorcido Ambrose Meyrick había visto el plateado resplandor de la estrella. Cuando la última, lánguida luz moría en el cielo, Meyrick se apoyó contra la verja y levantó la vista; y luego sus ojos se posaron sobre las aburridas y cansadoras ondulaciones de la tierra, el vasto círculo de pardos labrantíos y praderas grises, limitado por un horizonte en penumbra, monótono como el muro de una cárcel. Recordó sobresaltado que debía de ser muy tarde ya; tendría que haber regresado una hora antes, y todavía estaba allí, a campo abierto, por lo menos a un kilómetro y medio de distancia de las afueras de Lupton. Dejó de mirar la primera estrella y empezó a caminar lo más rápido posible por el sendero, entre los charcos y la tierra viscosa, todavía húmeda después de tres semanas de lluvias intensas.

Por fin vio los tenues faroles de las calles más cercanas, donde vivían los zapateros, y cruzó a grandes y veloces zancadas aquel barrio miserable, dejando atrás las tiendas baratas, el vulgar prostíbulo, la capilla todavía más vulgar — en cuyas doce piedras fundamentales están inscriptos los nombres de los doce congregacionalistas líderes de Lupton

— y a unos niños que chillaban arreados por sus madres, porque ya era hora de ir a acostarse. Después se topó con la biblioteca gratuita, un admirable ejemplo, como había proclamado el *Lupton Mercury*, de la adaptación del gótico a los requisitos modernos. Desde una especie de torre del edificio asomaba un brazo, del que a su vez pendía un reloj circular sobre la vereda, y Meyrick experimentó otro sobresalto al ver que era incluso más tarde de lo que había temido. Tenía que llegar al otro extremo de la ciudad, y ya eran más de las siete. Empezó a correr, preguntándose qué le depararía el destino en manos de su tío, y pasó corriendo junto a «nuestra noble y antigua parroquia» («restaurada» de pies a cabeza a principios de los años cuarenta), junto a los restos del mercado, transformado con mayor éxito, según la opinión local, en un abrevadero de perros y ganado, y continuó abriéndose camino entre los compradores de última hora y los primeros zánganos que iniciaban sus vagabundeos de un extremo a otro de High Street.

Tuvo un escalofrío al tocar la campanilla en la Old Grange. Trató de poner cara de circunstancias cuando la sirvienta abrió la puerta y, de ser por él, habría ido directamente del vestíbulo al aula, pero la muchacha lo detuvo.

—El señor dijo que fuera a verlo al estudio en cuanto llegara, joven Meyrick.

Lo miraba con un dejo de extrañeza y el muchacho sintió un espasmo de terror. Era un «pusilánime» crónico y consuetudinario, y el pavor lo sacaba de las casillas doce veces por día cada día de su vida. Su tío le había dicho unos años antes: «Lupton te hará hombre», y Lupton estaba haciendo lo mejor posible. El rostro del pobre infeliz empalideció y se cubrió de sudor; tuvo una sensación de vómito en la garganta y sintió mucho frío. Nelly Foran, la sirvienta, continuaba mirándolo con esos ojos extraños y ansiosos, y luego murmuró de repente:

—Debe ir ya mismo, joven Meyrick. El señor oyó la campanilla, lo sé; pero le facilitaré las cosas.